

LAS RAZONES SOCIALES, ECONÓMICAS Y GEOESTRATÉGICAS DEL DECLIVE SOVIÉTICO

Aurelio Cebrián Abellán
Departamento de Geografía Física, Humana y Análisis Regional
Universidad de Murcia

RESUMEN

La renuncia soviética a la geopolítica exterior ha resentido la dinámica interna. El proceso ha sido súbito por razones diversas hasta alumbrar la desmembración de un Estado artificial y el surgimiento de otro utópico. Motivos sociales, económicos y estratégicos explican esa dinámica.

Palabras clave: colapso social, movimientos étnicos, identidades nacionales, imperialismo económico, nuevas geoestrategias.

ABSTRACT

The Soviet renunciation to the exterior geopolitics has weakened the interior dynamics. The process has been sudden for different reasons until to give rise to the separation of an artificial state and the emergence of another Utopian one.

Key words: social collapse, ethnic movements, national identities, economic imperialism, new geostrategies.

Durante décadas la URSS ha desempeñado un papel de potencia mundial sustentado en factores como el peso de su riqueza material, control sobre un espacio geográfico inmenso, recursos humanos apreciables, pleno empleo de la masa demográfica, etc. Pero con el paso del tiempo la riqueza material ha dejado de coincidir con la *de facto*; es decir, ya no hay la tradicional correspondencia entre poder potencial y efectivo (Merle, M., 1984, p. 307). Concluye un período en el que la URSS ha sido, ante todo, un *sistema de potencia* portador de una concepción particular del mundo basada en la fuerza y no en el consenso de pueblos aglutinados (Atlas Geopolítico Aguilar, 1989, p. 89).

Japón le desplaza como segunda potencia mundial, cuando sus potencialidades geográficas y humanas son muy inferiores. Un duro golpe para los soviéticos que ven la razón en la ineficacia del régimen. La incapacidad de gestión se condensa en varios hechos: los países satélites de la Europa del Este disponen de un PNB similar al español y holandés conjunto de 1988; la miseria del entorno era ya una carga imposible de sobrellevar y, además, coincidía con la fuerte presión alemana para lograr la reunificación (Foucher, M., 1989, p. 40). Se veía impasiblemente cómo la CE competía por confirmarse como actor geopolítico frente a EE.UU.; la falta de fondos para mantener el conflicto afgano se hacía evidente, como también lo era la imposibilidad de atender las demandas de los países del Tercer Mundo sujetos a su órbita. La URSS asistió finalmente a la desintegración de sus alianzas (CAME y Pacto de Varsovia) y la crisis del Golfo puso al descubierto sus debilidades, ya que su margen de acción fue muy reducido.

Hay muchos otros elementos capaces de explicar el fin de un imperio. El mantenimiento de la cobertura ideológica de una política exterior de gran potencia era insostenible, pero al tiempo era vehículo de legitimación política interna de primera magnitud; la política expansionista añadía legitimidad al sistema político soviético (Lucas Murillo, P., 1989, p. 284). Así, la renuncia a la acción exterior repercutió rápidamente en el interior. Y a la inversa: la penuria interna motivó la retirada sobre sí.

Además, la URSS no era un Estado; encarnaba la unidad estática del pueblo soviético. No era un país «...un mundo de mundos, de culturas y civilizaciones muy diferentes... maltratadas por la unificación estalinista» (Afanassier, I, 1990, p. 520). Era un territorio; no cabe hablar de pueblo. Los habitantes se definen por sus nacionalidades y las desigualdades son percibidas con violencia y no con solidaridad. El art. 72 de la Constitución había sido letra muerta y la cohesión no fue realizada en un marco federal al no componer una unión voluntaria de Estados iguales.

Por todo ello, la eclosión nacionalista debía producirse, pero, también, por la «absoluta contraposición existente entre federalismo y sistema de partido único» (Ferrando Badía, J., 1987, p. 651). Con ella no sólo desaparece la segunda superpotencia, sino que surgen Estados antagónicos. Hay, además, otras razones internas, subalternas, errores y fobias, incluso rivalidades personales: las reivindicaciones nacionalistas serían precisamente el pretexto de Yeltsin para retirar a Gorbachov el poder y extender la corriente independentista (Lacoste, Y., 1992, p. 11). El principal error del inventor de la «perestroika» fue mantener la idea de una nación dentro del marco socialista; el acierto de Yeltsin suponer una nueva forma de Estado partiendo de principios occidentales.

1. LAS RAZONES SOCIALES DEL COLAPSO

Se ha supuesto con razón que Gorbachov no era un demócrata convencido; más bien un burócrata capaz de responder a las reivindicaciones populares ante el anquilosamiento social, surgimiento de nuevas necesidades y corrupción generalizada. Gorbachov tenía enormes retos ante sí: la no correspondencia entre producción, necesidad y distribución; crecimiento económico en disminución; nacionalismos que se complicaban con conflictos étnicos; agitación desbordada en la periferia; etc. Y decide hacer frente impulsando las transformaciones políticas desde el Estado (Lacoste, Y., 1987, p. 7). Aprovechando el peso diplomático de la URSS, lanza su imagen en el exterior (la gorbimanía) obteniendo el respaldo occidental, pero el aumento de los desórdenes internos y la conmoción y cariz que tomaban las posiciones soviéticas en la escena internacional provocaron en el otoño de 1990 la reacción de las fuerzas conservadoras, sobre las que se apoyó Gorbachov para tratar de controlar de nuevo una situación, que condujo al golpe de Estado del 19 de agosto.

Una razón de este cambio obligado se encontraba en un principio inspirador del sistema sociocultural: «la intensificación de la homogeneización social tratando de borrar las diferencias existentes entre los diversos grupos sociales sin reparar en las diferencias culturales» (Ferrando Badía, J., 1987, p. 640). En 1986 surgen los primeros movimientos en las regiones más desarrolladas, las bálticas, tanto por su diferente desarrollo como por afinidad escandinava y resistencia a la rusificación. En otros casos el problema es étnico o religioso, como ocurre con el antisemitismo en las reivindicaciones bielorrusas (Lacoste, Y., 1987, p. 21).

Ante el difícil panorama social y económico existente, las repúblicas creen funcionar mejor al margen de la Unión para evitar la rusificación y el acaparamiento ruso de los recursos locales. Gorbachov decide contemporizar para estudiar la situación tras establecer un socialismo renovado en Europa Oriental, acción que pronto prenderá en el interior. Algunas repúblicas eran conscientes de la necesidad de trazar nuevas fronteras que respondieran al reparto de grupos étnicos, creando así nuevas identidades nacionales.

La URSS, con cerca de 300 millones de personas, presentaba una distribución territorial muy descompensada y su disgregación en 105 grupos étnicos se convertía en una amenaza nacional. Además, los pueblos periféricos crecen mientras los eslavos estancan su dinámica demográfica. En suma: tres cuartas partes de la población se concentraba en la cuarta parte del territorio, con lo cual las disfunciones territoriales eran enormes y complicadas.

Frente a las identidades nacionalistas de signo antirruso cada vez más fuertes, nos encontramos con una Rusia incapaz de controlar al resto. Es una sociedad con un 90% de pobres que no está en condiciones de ser alternativa de control a nada. Su dependencia de la ayuda internacional coloca a la antigua Gran Rusia en una posición de país del Tercer Mundo, que ve mermado su peso ante el resto de repúblicas. Es la patria de la diáspora, con 25 millones de rusos viviendo fuera de sus lindes; un Estado empobrecido incapaz de resistir el duro choque del trasvase a la economía de mercado: «la penuria erigida en sistema abre a la corrupción absolutamente todos los ámbitos de la vida... La corrupción generalizada de tipo soviético tiene un efecto perverso puesto que crea una nueva escala de valores y de prestigio... el dinero es un fenómeno contra natura... Pero el Estado utiliza esta segunda economía y satisface así las demandas que no puede atender» (Heller, M., 1985, pp. 138-140).

Pero sobre todo, continúa imponiendo directrices autoritarias que le granjean el rechazo del resto de entidades regionales (Teltschik, H., 1990, p. 12). Sus territorios autónomos deciden convertirse en repúblicas, las regiones en repúblicas autónomas, éstas en Estados soberanos, e incluso Siberia decide crear novedosas entidades como aspiración de sus grupos étnicos (Radvanji, J., 1987, p. 65). Como se aprecia en el Gráfico 1, una Federación Rusa integrada por 26 territorios autónomos, en 1992 está en proceso de reconversión desde el momento que aparecen siete entidades en fase de cohesión. La necesidad de redefinir la Federación es clara: Bashkortostán, una de las repúblicas más ricas de la Federación, reclama

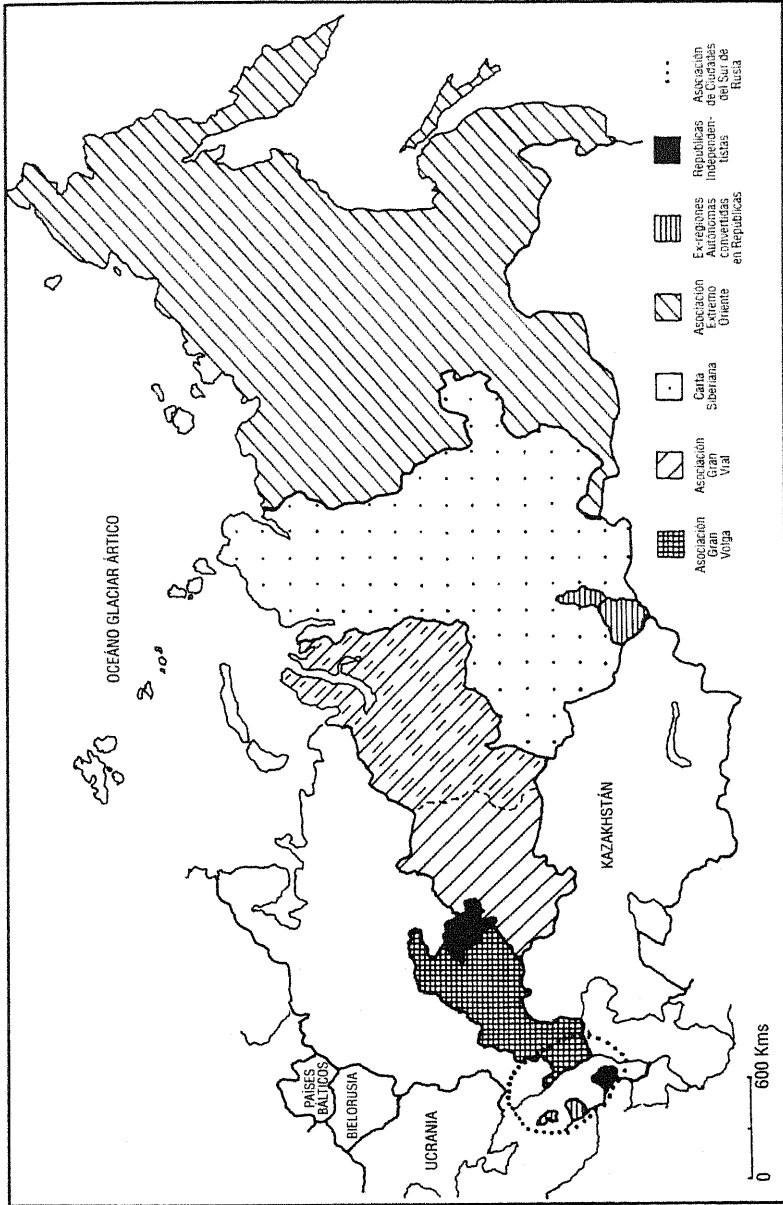


Gráfico 1. Las nuevas entidades regionales rusas. (Fuente: Radvanyi, Jean).

su independencia económica y Chechenia (la tierra de Jasbulátov, presidente del Parlamento ruso) funciona desde noviembre de 1991 como independiente. En la nueva fórmula por extensión territorial resaltarán la Asociación Extremo Oriente, que abarca más de la tercera parte. La denominada Carta Siberiana está sin definir ya que comparte gran superficie por acoplar con la Asociación Gran Ural. Entre tanto, la región del Gran Volga es la más cohesionada por su actividad industrial.

La debilidad política de Moscú y la propia penuria rusa es aprovechada en el Báltico. En 1989 Letonia impone el letón como lengua obligatoria e instaura el derecho de los labradores a la propiedad de las tierras. Gorbachov convierte la región en un laboratorio muy útil para la nueva pretendida imagen; su objetivo era convertirla en un área franca a imitación de los puertos y ciudades chinas abiertas a Occidente. Quiso comprobar el funcionamiento de la teoría del incendio controlado, dejando a las naciones bálticas inventar una originalidad que tendiera a la autonomía económica (Vadrot, C. M., 1989, p. 51). Pero sus dirigentes decidieron ir mucho más lejos imponiendo movimientos radicales. Los Comités de Apoyo a la Perestroika se volvieron contra Moscú, que perdió el punto de salida al Báltico y la comunicación marítima más fluida con Occidente (Foucher, M., 1987, p. 70). En referéndum organizados por sus repúblicas deciden imponer la supremacía de sus leyes sobre las soviéticas proclamando su soberanía. Pero el problema todavía no está resuelto en su totalidad tanto por la escisión de pueblos por límites fronterizos férreos como por el litigio territorial con Finlandia, y también con la única salida rusa al mar a través de la ventana de la Prusia Oriental (Gráfico 2.A).

La situación rápidamente se extendería a Ucrania, Moldavia, Armenia, Georgia... La primera compone el más extenso Estado de Europa después del ruso, donde se llevó a cabo un agudo proceso de rusificación. Pero surge con fuerza un nacionalismo de nueva dimensión: el etnoecológico, con un mensaje basado en la trilogía lengua, cultura y naturaleza. Y ello, porque al margen de las diferencias étnico-culturales, aquí estaba instalado el 40% de la capacidad nuclear soviética, circunstancia muy contestada tras el desastre de Tchernobyl y las misteriosas muertes de niños tras la explosión de las fábricas militares atómicas de Tchernivtsi (Kowalewski, Z., 1989, p. 54). Pero, además, en la memoria ucraniana estaban presentes las purgas estalinistas. Todo ello convertía a la región en una bomba retardada. Aún así, el principal transfondo es económico: por algo se le conoce como «la pequeña Rusia». Sin embargo, el problema étnico dista mucho de quedar resuelto; como se comprueba en el Gráfico 3.A, el límite

de difusión del pueblo ucraniano desborda las lindes en que se comprime la nación política. Y la cuestión no sólo confronta con Rusia, sino con Polonia, Bielorrusia, e incluso Rumania.

En Moldavia la población es rumanófono, con lo cual la cuestión lingüística ha sido la base de la agitación nacional. Luego se transformaría en política al estimarse que el moldavo debía ser reconocido como lengua rumana. Como reacción los eslabófilos se unen en un frente popular muy sólido. Ambas facciones polarizarán desde entonces la vida política (Gellért, G. y Rosière, S., 1989, p. 142). La disyuntiva toma un cariz más grave al plasmarse la división moldava en dos sectores bien definidos: la Besarabia rusa y la Moldavia rumana, este último pendiente de asimilación por sus hermanos rumanos (Gráfico 2.B).

De la indiferencia ante las medidas de Gorbachov se pasó en Georgia muy rápidamente a los problemas étnicos. Los georgianos pidieron la disolución de las repúblicas autónomas donde se veían amenazados. La represión rusa se transformó en tragedia (9 de abril de 1989), convirtiéndose desde entonces en un Estado de choque donde el nacionalismo se sustenta en la tríada: lengua, tierra, religión, reciclándose pronto en tendencia europeísta radical (Urjewicz, C., 1989, p. 206).

En Armenia, el conflicto, además de interétnico, lo es de nacionalismos enfrentados al poder central. Con rapidez se creó el Comité Karabagh, según ideales occidentales y para la defensa de la lengua. Pero en 1988 se agudiza el conflicto entre armenios y ageríes. Moscú considera que es un problema de repúblicas periféricas y no del Estado central; un problema entre dos pueblos fanáticos. Con esta base se inhibe argumentando además el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos (Ter Minassiam, T., 1989, p. 241). En este sentido, la contraposición política es clara con la postura mantenida con respecto a repúblicas económicamente interesantes.

La crisis social deriva en guerra declarada Nagorno Karabag es controlado por el poder central, para evitar las masacres y porque a Rusia le interesa el dominio armenio en la zona y no el agerí-musulmán. Los ageríes son antiarmenios y, sobre todo, antirrusos, e incluso hablan de sus «hermanos» del Azerbaidján iraní. Su objetivo no es otro que construir un nacionalismo agerí panislámico vinculado a los turcos (no en vano antes del conflicto era la república musulmana más desarrollada).

En Crimea los movimientos son étnicos y antisemitas (Loyer, B., 1989, p. 311). En Uzbekistán, región algodонера en declive, el clientelismo y la corrupción lo controlan todo y sus rasgos sociales y políticos poco desen-

tonan de los correspondientes a cualquier dictadura. Es una región mal preparada para el proceso de modernización por dos razones básicas: el fuerte conservadurismo tendente a preservar los privilegios y, sobre todo, porque el monocultivo algodonero se encuentra en declive. El problema de la salinización de tierras y el descenso de los acuíferos, incluido el Mar de Aral (tiene ya una extensión dos terceras partes inferior a la de hace treinta años), afecta a cinco exrepúblicas, siendo hoy la alternativa el comercio de drogas. Los movimientos violentos de reacción proliferan ante semejante panorama, pero el sustrato es también cultural (Urjewicz, C., 1989, p. 273). Como se aprecia en el Gráfico 3.B, turcos, eslavos, uzbekos, iraníes, más un conjunto nada despreciable de minorías comparten un territorio poco rentable. En general, puede decirse que para Asia Central el gran problema a corto plazo se encuentra en la potencial difusión que pueda alcanzar el integrismo islámico.

En vísperas del setenta aniversario de la URSS la situación es tan grave que Gorbachov se dispone a cambiar de naturaleza al Estado. La unión de quince repúblicas deja paso a otra menor (acuerdo de las 9+1), de la que se desgajan Armenia, Letonia, Georgia, Lituania, Estonia y Moldavia. De la Transcaucasia (Georgia, Armenia y Azerbaiyán) sólo Azerbaiyán firmó el Tratado de la Unión. Entre tanto, Ucrania descubre su potencial demográfico y económico, y Kazajstán sus numerosas posibilidades y bazas geoestratégicas a jugar.

2. LA DIFÍCIL SITUACIÓN ECONÓMICA

Las consecuencias económicas de la «perestroika» han sido catastróficas. Las nuevas estructuras no cumplen su función e incluso el despertar del viejo comunismo se justifica en la desazón por el funcionamiento económico (y desorden interno). En 1990 disminuyó la producción industrial, agraria y energética (cayeron las exportaciones de petróleo, importante fuente de divisas). Por el contrario, subía el déficit presupuestario, la presión inflacionista (19%), y se agravó la penuria difundiéndose los racionamientos. Mientras la caída de la producción se calculaba en una cuarta parte, el poder central continuaba dando pruebas de su voluntad centralista, especialmente cuando Gorbachov obtuvo autorización del parlamento (septiembre) para legislar a base de decretos (El Estado del Mundo, 1992, p. 43).

El golpe de timón se justifica, entre otras cosas, para poner fin al

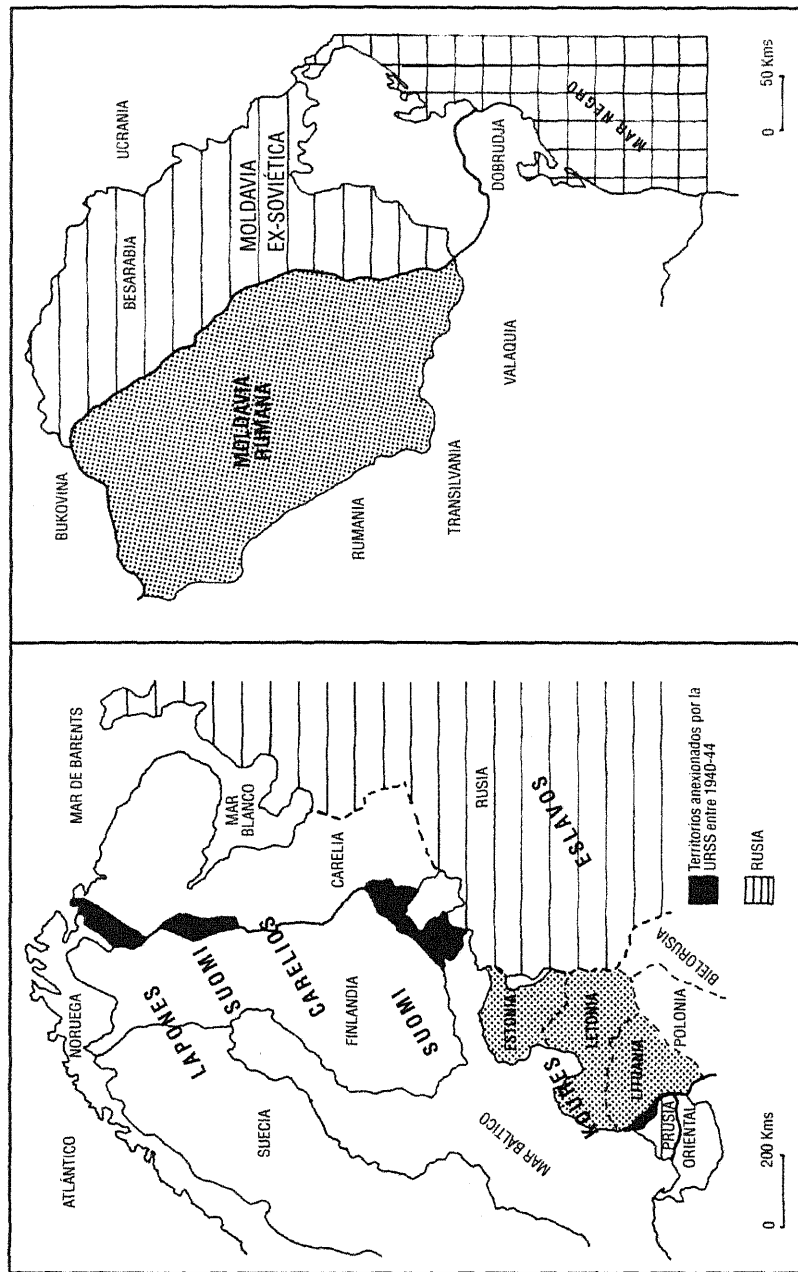


Gráfico 2.B. Moldavia. (Fuente: Gellévert, G. y Rosière, S.).

Gráfico 2.A. Báltico Oriental. (Fuente: Coutau-Bégarie, Hervé).

vampirismo económico ejercido por algunas regiones, como la de Moscú, convertida en industrial por el efecto absorbente como centro administrativo y burocrático a pesar de contar con débiles recursos materiales, o el de Volgogrado. Éstos y otros ejemplos son claro exponente del fracaso de la política de equilibrio y solidaridad regional pretendidos por el socialismo.

Supuso Gorbachov que había que redefinir los poderes regionales descentralizando, pero sin tocar el centro. Para ello traspasó las competencias de planificación a los soviets locales y regionales e introdujo criterios económicos en lugar de decisiones administrativas (Radvanyi, J., 1987, p. 121). Sin embargo, la ausencia de mecanismos jurídicos y administrativos válidos explica los penúricos resultados.

Con todo, acertó en que un sistema centralista ya no era viable: no proporcionaba beneficios cualitativos, que la sociedad soviética comenzaba a demandar. Pero el cambio no dio los resultados esperados, probablemente por varias razones que actuaron conjuntamente: porque el problema económico se atacara tarde, por una cierta apatía social, en la pervivencia de una máquina burocrática corrupta, por la pesada carga de los gastos militares y por la inexistencia de una estructura de precios capaz de equilibrar oferta y demanda. Y, sobre todo, porque Yeltsin se aprovecha de la impopularidad de Gorbachov, ganada con la imposición de sus drásticas medidas de ajuste y choque, haciendo nacer una CEI artificial, sin órganos económicos comunes y sin directrices. La inexistencia de normativa retrasará la inversión extranjera y el consumismo mediocre se disparará en el interior impidiendo la inversión. En 1993 se repite el proceso: Jambulátov se aprovecha de la impopularidad de Yeltsin, ganada por la situación económica a que ha conducido a la Federación, para crear un enfrentamiento presidencia-legislativo. La teórica victoria presidencialista del referéndum de abril significará un reforzamiento presidencialista, pero se mantendrán las tensiones entre poderes.

Consiguió Gorbachov desintegrar un espacio económico fuertemente integrado al dejar de existir la cooperación entre las repúblicas, antes sustentada en la planificación. Al margen de una mínima cooperación, las nuevas repúblicas continúan funcionando sobre las antiguas reglas. La disminución del comercio interno es un hecho, además de por razones políticas, por la crisis monetaria en forma de hiperinflación reprimida (Sapir, J., 1992, p. 78). Actualmente, la especulación toma un comportamiento natural con clara preferencia de las divisas sobre un rublo carente de valor.

La nueva situación confirma otros factores negativos: materias primas subvaluadas, claro déficit de las finanzas públicas y bloqueo de los impuestos procedentes de las repúblicas, bruscas variaciones de precios en el mercado libre, tendencias a la autarquía en los niveles productivos inferiores, temor continuo ante la eventualidad de la aparición de monedas nacionales, drástica reducción de la relación económica con las repúblicas bálticas.

Poco podrá solucionarse ante la pervivencia y confirmación de algunas tendencias como las apuntadas. Y menos al comprobarse los fuertes desequilibrios mantenidos entre las repúblicas: las diferencias de desarrollo son muy elevadas y además se han ido agudizando ante la eclosión de movimientos de desagregación, incidencia de la caótica situación política y la propia dinámica de la crisis económica mundial.

	URSS	Rusia	Ucra.	Biel.	Est.	Let.	Litu.	Mol.
Superf. (1.000 km ²)	22.402	17.075	603	207	45	63	65	33
Población urbana %	65,6	73,1	66,1	63,1	71,6	70,7	66,3	45,7
Población rural %	34,4	26,9	33,9	36,9	28,4	29,3	33,7	54,3
Crec. Pobl. 1985	8,8	5,2	2,9	5,9	2,8	2,1	5,4	10,7
R.N.P.(1)	100	113	95	82	133	113	94	56
Crec. R.M. 1970-85(2)	194	195	178	252	189	189	188	190
Tasa Empl. Ind.(3)	29,3	32,3	30	28,1	32,3	31,5	29,1	19,9
Nº Estud./10.000 hb.(4)	185	206	167	182	153	167	181	128

	Armen.	Azerb.	Georg.	Kaza.	Kirg.	Ouzb.	Tadj.	Turk.
Superf. (1.000 km ²)	29,8	86,6	69,7	2.717	198	447	143	488
Población urbana %	67,9	53,9	54,1	57,5	39,7	41,9	33,4	47,4
Población rural %	32,1	46,1	45,9	42,5	60,3	58,1	66,6	52,6
Crec. Pobl. 1985	18,2	19,9	9,9	16,9	23,9	30	32,9	27,9
R.N.P.(1)	77	67	76	99	60	58	51	71
Crec. R.M. 1970-85(2)	279	258	239	160	189	215	195	159
Tasa Emp. Ind.(3)	30,3	18,8	19,4	20,5	21,3	15,4	16	11,3
Nº Estud./10.000 hb.(4)	163	158	169	171	144	154	118	119

(1) Renta Nacional Per Cápita. URSS=100 (1970).

(2) 1970=100.

(3) Número de empleos en la industria por 100 activos en la economía nacional.

(4) Año 1985-86.

Fuente: M. J. Sagers (1984). *Soviet Geography*, nº 3.

Haciendo uso sólo de criterios económicos regionales, la renta per cápita era ya muy distante entre las exrepúblicas de Estonia y Tadjikistán o Kirghicia. Y aún más: por encima de la media soviética sólo aparecen tres repúblicas, dos de las cuales son bálticas, y rondando la mitad de la misma otras tantas. Si el indicador es el incremento de la renta nacional, a lo largo de los últimos años Bielorrusia, Georgia, Tadjikistán, Ouzbekistán, y sobre todo Armenia serán las que despunten, pero otras siete se ubican por debajo de la media. Al tomar el número de empleados en la industria, sólo cinco superan la media nacional mientras otras quedan muy alejadas.

La salida más razonable para hacer frente a la situación se encuentra en mantener el gran mercado soviético, porque de esta forma la conversión monetaria puede ser gradual y el respaldo estatal (central o específico de las nuevas entidades) puede actuar como un seguro de reconversión. La estabilidad de la moneda pasa por la estabilidad económica y ésta por un mínimo entendimiento político.

Pero los acuerdos de Minsk indican que la nueva zona económica creada con la CEI, en ausencia de instituciones supranacionales, pivotará alrededor de Rusia. Y además los dirigentes rusos continúan abusando de la situación haciendo pagar a todas las entidades el coste de la difícil transición rusa. En este contexto, aquéllas responden con unos comportamientos agresivos al percibir que cualquier intento de cooperación pasa por controlar la hegemonía política rusa.

3. LA FUERTE INCIDENCIA DE LAS CAUSAS GEOESTRATÉGICAS

La atención preferente de la URSS siempre se ha volcado hacia el oeste: porque Noruega era el punto de contacto con el Pacto Atlántico, porque las repúblicas bálticas eran su comunicación marítima con Occidente y porque la frontera europea era el punto de control de su órbita socialista. Pero su pretensión era también completar la denominada esfera de seguridad del sur, que explicará la invasión de Afganistán o los costosos desembolsos en la flota del Mar Negro (Grachev, A., 1990, p. 50).

Al margen de su interés de puertas afuera y su posterior abandono, interesan otros elementos de corte interno. Así, Gorbachov estuvo dispuesto a sacrificar la «glasnot» en Ucrania a cambio del suministro de electricidad, porque en este sentido era una república estratégica. Besara-



Gráfico 3.A. Las fronteras de Ucrania. (Fuente: Kowalewski, Zbigniew).

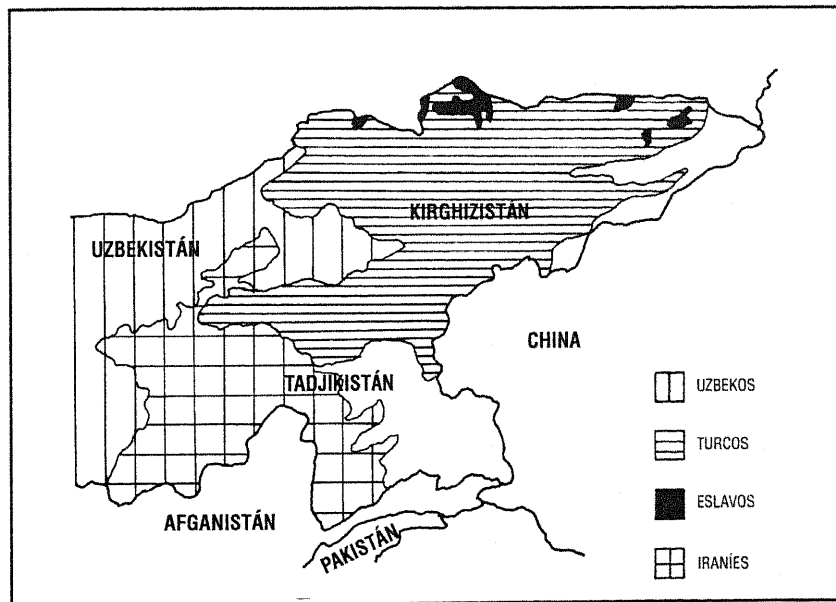


Gráfico 3.B. Valle de Fergana. Kazakhstán. (Fuente: Roy, Olivier).

bia (Moldavia) es un paso militar estratégico, del que no estaba dispuesto a desprenderse por ser la puerta de los Balcanes (su control ha sido una constante en la lucha del imperio ruso). Por último, en Alto Karabagh el corte de las rutas de combustibles que atraviesan el territorio ha puesto al descubierto la vulnerabilidad de la economía armenia.

Éstas y otras cuestiones regionales ponen de manifiesto las claras implicaciones estratégicas del nuevo proceso emprendido por la CEI. Desde el fin del comunismo surge un Estado incapaz de mantener la paz civil y de coordinar el funcionamiento nacional. Así, la multiplicación de conflictos y focos de tensión en la periferia meridional es un hecho constatado día a día. Es una comunidad frágil repleta de tensiones cada vez más intensas tras la aparición de la denominada *etapa de la sospecha* entre rusos y ucranianos, los inventores del nuevo Estado. El problema surge a propósito del reparto de la flota del Mar Negro.

Además, el tradicional dominio ruso es incapaz hoy de ser árbitro de la creciente conflictividad interna: se limita a seguir imponiendo la política de Moscú con auténticos vicerreyes encargados de frenar fuerzas centrifugas allá donde los intereses moscovitas son claros. Algunas entidades ya se sienten liberadas de la tutela rusa y se niegan a entregar su control geoestratégico ante la posibilidad de una recuperación rusa que vuelva a imponer la situación precedente. Otras miran hacia su derredor: Azerbaiyán hacia Irán, las repúblicas musulmanas hacia Turquía, etc. En todos los casos buscan una potencia o cultura protectora ante la presión o abandono ruso.

Puede hablarse de la presencia de, cuando menos, cuatro elementos geoestratégicos bien definidos:

— La regionalización de las fuerzas armadas reclamada por las nuevas nacionalidades. De ello deriva la potencial presencia del espectro de la guerra yugoslava.

— No sólo se trata de recomposición estratégica sino de instalaciones de industria militar, que condensa fuertes concentraciones en Ucrania, lo cual la convierte en un potencial enemigo tanto para rusos como europeos.

— La rivalidad turco-iraní por el control de la zona del Cáucaso, que puede agudizar el denominado proceso de *libanización* de la zona.

— El descontrol nuclear, con 18.000 cabezas nucleares y la más importante flota naval del mundo todavía en proceso de reparto y no sujeta a control central alguno. Las entidades se disputan parte del botín para tener algo que ofrecer en caso de configuración de nuevas ligas (Sapir, J., 1992, p. 25).

Junto a la citada tetralogía surgen graves hándicaps, tanto porque la nueva construcción geopolítica está por hacer como porque está en juego la distribución de abundantes recursos de todo tipo. Ambos son elementos que actúan de manera interdependiente y son capaces de crear una combinación de causas que conducen al disparate, al denominado *desorden lógico*, configurando otros elementos no menos graves. Hay que resaltar, entre ellos, el denominado «individualismo estatista» de las nuevas entidades, con el desarrollo de dos ideas que funcionan de forma antagónica: crecimiento económico y desarrollo social. No se ve salida para la construcción de un modelo integrador. Los recursos son apropiados, pero no explotados racionalmente, y la nueva territorialidad atiende a simbologías étnicas o religiosas más que a criterios de desarrollo. En conclusión: se han destruido espacios funcionales y no se han inventado sus sustitutos.

BIBLIOGRAFÍA

- AFFANASSIER, L. (1990): «Les exigences de la démocratie». *Le Siècle et le Monde*, nº 5, pp. 9-18. Recogido en Marie-Françoise Durand y otros (1992). *Le Monde. Espaces et systèmes*. Ed. Dalloz, Paris, France. Cap. 13.
- Atlas Geopolítico Aguilar* (1989). Ed. Aguilar. París, France.
- ARBATOV, G. (1990): «¿Puede alcanzar la URSS a Occidente?». *El País*, 17-12 (El Mundo de los Noventa), p. 90.
- COUTAU-BEGARIE, H. (1989): «La poussée russe vers la Baltique». *Hérodote*, nº 54-55, pp. 59-81.
- El Estado del Mundo* (1992). Anuario económico y geopolítico mundial. Ed. Akal, Madrid, pp. 42-54.
- FERRANDO BADÍA, J. (coord.) (1987): *Regímenes políticos actuales*. Ed. Tecnos, Madrid.
- FOUCHER, M. (1987): «L'Union Soviétique et ses frontières. Géographie des armées, au-dehors, et du pouvoir, au dedans». *Hérodote*, nº 47, pp. 59-84.
- FOUCHER, M. (1989): «Levers de rideau dans les Europes». *Hérodote*, nº 54-55, pp. 26-46.
- GELLERT, G. et ROSIERE, S. (1989): «L'agitation nationaliste en Moldavie». *Hérodote*, nº 54-55, pp. 139-149.
- GRACHEV, A. (1990): «¿Sigue siendo la URSS una gran potencia?». *El País*, lunes 17-12 (El Mundo de los Noventa), p. 50.

- HELLER, M. (1985): *El hombre nuevo soviético. De la utopía a la realidad*. Ed. Planeta, Barcelona.
- KOWALEWSKI, Z. (1989): «L'Ukraine: réveil d'un peuple, repise d'une mémoire». *Hérodote*, n° 54-55, pp. 100-139.
- LACOSTE, Y. (1987): «Perestroïka et géopolitiques». *Hérodote*, n° 45. También, «Une géopolitique de l'immensité: les étapes de la formation et ses risques actuels». *Hérodote*, n° 47, pp. 10-58.
- LACOSTE, Y. (1992): «De l'étrange fin d'un empire et des grands changements qu'elle entraîne». *Hérodote*, n° 64, pp. 3-20.
- LEMARCO, G. (1992): «L'indépendance des États baltes et la question des nationalités». *Hérodote*, n° 64, pp. 136-148.
- L'Etat du Monde* (1991). Annuaire économique et géopolitique mondial. Ed. La Découverte, Paris, pp. 40-46.
- LOYER, B. (1989): «Les mouvements nationaux démocratiques en Union Soviétique». *Hérodote*, n° 54-55, pp. 302-314.
- LUCAS MURILLO, P. (comp.) (1989): *Sistemas políticos contemporáneos*. «La Unión Soviética», por GARCÍA COTARELO, R. Ed. Teide, Barcelona.
- MERLE, M. (1984): *Sociología de las Relaciones Internacionales*. Alianza Universidad, Madrid.
- RADVANJI, J. (1987): «Et si la Russie à son tour éclatait?». *Hérodote*, n° 47, pp. 115-131.
- RADVANJI, J. (1987): «Régions et pouvoirs régionaux à l'heure Gorbatchev». *Hérodote*, n° 47, pp. 115-129.
- RECLUS, E. (1884): «Les problèmes de l'Asie antérieure». *Nouvelle Géographie Universelle*, T. IX, recogido en *Hérodote*, n° 48, pp. 102-110.
- RUGGIERO, R. (1990): «El fin de la superpotencia». *El País*, 17-12 (El Mundo de los Noventa), p. 16.
- SAGERS, M. J. (1984): *Soviet Geography*, n° 3. London, England.
- SAPIR, J. (1992): «L'union économique, condition essentielle des indépendences?». *Hérodote*, n° 64, pp. 74-89.
- SAPIR, J. (1992): «Les implications stratégiques de la décomposition de l'URSS». *Hérodote*, n° 64, pp. 20-30.
- TELTCHIK, H. (1990): «La desaparición de Moscú». *El País*, lunes 17-12 (El Mundo de los Noventa), p. 12.
- TER MINASSIAM, T. (1989): «Les développements du drame en Arménie». *Hérodote*, n° 54-55, pp. 236-260; MARDOUKHAIEV, A. et alt. (1989): «Le Haut-Karabagh un du cote d'Azerbaïdjan». *Hérodote*, n°

- 54-55, pp. 260-271; OLIVIER, R. (1992): «Frontières et ethnies en Asie centrale». *Hérodote*, n° 64, pp. 169-183.
- URJEWICZ, Ch. (1989): «Progrms en Ouzbékistán». *Hérodote*, n° 54-55, pp. 271-277.
- URJEWICZ, Ch. (1989): «La Géorgie, à la croisée des chemins: archaïsmes et modernité». *Hérodote*, n° 54-55, pp. 199-236.
- URJEWICZ, Ch. (1992): «De l'URSS à la CEI: le début ou la fin de la Russie?». *Hérodote*, n° 64, pp. 30-63.
- VADROT, C. M. (1989): «Tensions nationales dans les pays baltes». *Hérodote*, n° 54-55, pp. 46-59.
- YAKOULEV, A. (1990): «Cooperación y no enfrentamiento». *El País*, 17-12 (El Mundo de los Noventa), p. 19.